

3^{er}. Domingo del Tiempo Ordinario.

Domingo de la Palabra

- **Is 8, 23b-9, 3.** En Galilea de los gentiles el pueblo vio una luz grande.
- **Sal 26. R.** El Señor es mi luz y mi salvación.
- **1 Cor 1, 10-13. 17.** Decid todos lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros.
- **Mt 4, 12-23.** Se estableció en Cafarnaún, para que se cumpliera lo dicho por Isaías.

1. ¿Qué dice la Palabra?

El Evangelio de este domingo relata los inicios de la vida pública de Jesús en Galilea. Su misión no parte de Jerusalén, es decir, del centro religioso, centro incluso social y político, sino que parte de una zona periférica, una zona despreciada por los judíos más observantes, con motivo de la presencia en esa región de diversas poblaciones extranjeras; por ello el profeta Isaías la indica como «Galilea de los gentiles» (Is 8, 23). La Galilea se convierte así en el lugar simbólico para la apertura del Evangelio a todos los pueblos. Partiendo de Galilea, Jesús nos enseña que nadie está excluido de la salvación. Dios parte de la periferia, de los últimos, para alcanzar a todos.

Jesús comienza a predicar cuando se entera del arresto de Juan. Las primeras palabras que predica Jesús serán el compendio de toda su misión: «convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos». El reino ya ha venido a nosotros, porque Jesús no anuncia un reino terreno, sino que Dios es quien reina, que Dios es el Señor, y que su señorío está presente, es actual, y se está realizando.

Para la elección de los primeros discípulos y futuros apóstoles, Jesús no se dirige a los escribas y doctores de la Ley, sino a las personas sencillas que esperan la venida del reino de Dios. Jesús les llama donde trabajan, a orillas del lago: son pescadores. Y ellos le siguen, inmediatamente. Dejan las redes y van con Él. En medio de su trabajo, oyen la llamada de Jesús y no dudan un solo momento. Aún no habían visto ningún milagro, pero creyeron en una promesa y renunciaron a todo para seguirle. Experimentaron la fascinación por Él, y sin demora le siguieron. Esta es la luz a la que se refiere el profeta Isaías, y que el evangelista introduce en el evangelio de este día.

Los últimos dos versículos del evangelios no muestran la actividad de Jesús, y la novedad de su mensaje, nos dice que en Él, Dios se ha hecho cercano, que ya reina en medio de nosotros, como lo demuestran los milagros y las curaciones que realiza.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- ¿Cómo interpreto en mi vida la profecía de Isaías? ¿Es Jesús la luz que vino a iluminar mi vida? ¿De qué modo?

- «Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca»; ¿interpreto estas palabras de Jesús en modo personal? ¿Entiendo que la conversión es un proceso que dura toda la vida? ¿Suelo caer en la tentación de creer que ya me he convertido y que son los otros quienes deben convertirse?
- ¿Entiendo que al igual que los hermanos Simón y Andrés, y Santiago y Juan, Jesús sale a mi encuentro y me invita a seguirle? ¿Cuál es mi respuesta?
- ¿Hay algo que me condiciona o me ata para poder seguir a Jesús? ¿Comprendo que para seguir a Jesús debo dejar muchas cosas, pero que en este proceso de “dejar” encuentro la verdadera libertad?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Orar, es responderle al Señor que nos habla primero. Estamos queriendo escuchar su Palabra Salvadora.

Esta Palabra es muy distinta a lo que el mundo nos ofrece y es el momento de decirle algo al Señor.

Debe haber un cambio notable en mi vida. Si no cambio, entonces, pues no soy un verdadero cristiano.

4. La voz del Papa Ángelus 26/1/2020

Queridos hermanos y hermanas: ¡buenos días!

El Evangelio de hoy (cf. Mateo 4, 12-23) nos presenta el comienzo de la misión pública de Jesús. Esto ocurrió en Galilea, un área periférica con respecto a Jerusalén, y a la que se miraba con recelo por su mezcla con los paganos. Nada bueno ni nuevo se esperaba de esa región; en cambio, fue allí donde Jesús, que había crecido en Nazaret de Galilea, comenzó su predicación.

Proclama el núcleo de su enseñanza resumido en el llamamiento: «Convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca» (v. 17). Esta proclamación es como un poderoso rayo de luz que atraviesa la oscuridad y penetra la niebla, y evoca la profecía de Isaías que se lee en la noche de Navidad: «El pueblo que andaba a oscuras vio una luz intensa. Sobre los que vivían en tierra de sombras brilló una luz» (9, 1). Con la venida de Jesús, luz del mundo, Dios Padre mostró a la humanidad su cercanía y amistad. Nos las dio libremente más allá de nuestros méritos. La cercanía y la amistad de Dios no son mérito nuestro: son un don gratuito de Dios. Debemos cuidar este don.

La llamada a la conversión, que Jesús dirige a todos los hombres de buena voluntad, se comprende plenamente a la luz del acontecimiento de la manifestación del Hijo de Dios, sobre el que hemos meditado los últimos domingos. Muchas veces es imposible cambiar de vida, abandonar el camino del egoísmo, del mal, abandonar el camino del pecado porque el compromiso de conversión se centra sólo en uno mismo y en las propias fuerzas, y no en Cristo y su Espíritu. Pero nuestra fidelidad al Señor no puede reducirse a un esfuerzo personal, no. Creer esto también sería un pecado de soberbia. Nuestra fidelidad al Señor no puede reducirse a un esfuerzo personal, sino que debe expresarse en una apertura confiada de corazón y mente para recibir la Buena Nueva de Jesús. ¡Es esto – la Palabra de Jesús, la Buena Nueva de Jesús, el Evangelio – lo que cambia el mundo y los corazones! Estamos llamados, por lo tanto, a confiar en la palabra de Cristo, a abrirnos a la misericordia del Padre y a dejarnos transformar por la gracia del Espíritu Santo.

Aquí es donde comienza el verdadero camino de la conversión. Justamente como sucedió con los primeros discípulos: el encuentro con el divino Maestro, con su mirada, con su palabra, les dio el impulso para seguirlo, para cambiar su vida concretamente sirviendo al Reino de Dios.

El encuentro sorprendente y decisivo con Jesús inició el camino de los discípulos, transformándolos en anunciadores y testigos del amor de Dios por su pueblo. Siguiendo el ejemplo de estos primeros anunciadores y mensajeros de la Palabra de Dios, que cada uno de nosotros pueda moverse sobre las huellas del Salvador, para ofrecer esperanza a los que tienen sed de ella.

Que la Virgen María, a quien nos dirigimos en esta oración del Ángelus, sostenga estas intenciones y las confirme con su intercesión materna.